

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

XV
TIERRA ENCANTADA

Cuantos venían a bordo de las naos estaban apiñados sobre cubierta en los sitios donde, sin estorbar la maniobra, podían ver mejor la entrada de la bahía (**Nota** : de Guanabara, de río de Genero o río de Janeiro). No eran artistas, apenas si tenían el embrionario e instintivo culto de la naturaleza, pero llegaban por primera vez a sitios desconocidos y aquel extraordinario paisaje se les adentraba en el alma, misteriosamente, como una nueva e intraducible sensación. El mar parecía un lago rodeado de montes aquí y allá cubiertos de verdura, el aire cálido impelía suavemente a los navíos, y la entrada fué tan fácil y sin tropiezos que ni aun hubo de echarse la sondaleza. Una alta roca granítica, pelada, semejante en su forma a desmesurado gorro alemán o a inmenso pilón de azúcar, que se alzaba a babor, y otra cumbre, aguda y elevada, cuya punta se tuerce amenazando caer sobre la obscura vegetación de sus faldas, todos los montes, verdes hasta una misma altura, de parda piedra desde esa línea casi horizontal, suspendieron un momento los ánimos, pero en seguida nadie tuvo ojos sino

para recorrer con avidez el vasto panorama circundante, las altas riberas alfombradas de variada y vibrante verdura, pobladas de árboles magníficos de diversísimas esencias, regadas por corrientes de aguas vivas, esmaltadas de flores violentas de color ; los islotes, ora de parda roca estéril, ora tendidos de hierba, plantas y flores, que surgían del lago especular como grandes cetáceos dormidos o como arriates de un maravilloso jardín flotante y, sobre todo este esplendor, el cielo en movimiento continuo, en cambio perpetuo, tan pronto terso y azul, tan pronto invadido por pesadas o vaporosas nubes que, jugando con el sol, dotaban al paisaje de una vida palpitante y sobrenatural. Las carabelas hendían las aguas con un leve rumor de follaje agitado y, además de la rizada cinta de la estela, por la superficie de la bahía pasaban estremecimientos fugaces, sonrisas del mar, y las abiertas curvas de la costa, con su delgado ribete de espumas, amuralladas por cerros y colinas ceñidos por la selva, descubriéndose o arrebuñándose en los flotantes vapores de la atmósfera saturada de humedad, se esfumaban a uno y otro lado, y allá al frente, como si estuvieran a punto de disolverse en el aire.

El calor era bochornoso y no alcanzaban a templarlo ni la virazón del mar ni los continuos chubascos que acribillaban el agua, obscureciéndola, y redoblaban en el velamen y sobre la sonora cubierta de las naos. Estas

surgieron mucho antes de llegar al fondo de la bahía, que está, como a nueve leguas de su entrada, y parte de la tripulación, tomando los bateles, fué a desembarcar en el punto más



cercano, con la venia del general y de Alarcón y Marquina, pues no habiendo indios a la vista no era de temer que hicieran rescates ni otras negociaciones prohibidas por la capitulación.



Multitud de pájaros y bestezuelas, guarecidos en las ramas y entre el follaje, que los abrigaba del sol, alzó el vuelo o se escurrió medrosa, mientras algunas víboras y serpientes se deslizaban sobre la hierba seca, buscando nuevo refugio. Al advertir los reptiles, algunos desmesurados y parduscos,

otros de vivos colores y tan delgados como una varilla, los marineros se detuvieron en la linde del bosque, temerosos de una picada mortal, y sólo avanzaron los menos, con mucha cautela, cuidándose de dónde ponían los pies. Algún venado curioso se acercaba a atisbarlos por entre el ramaje y en seguida escapaba, más de extrañeza que de temor ; algún macaco barbudo que se balanceaba en la copa de los árboles silbaba como el viento, en señal de alarma, imitando su curiosidad y su timidez ; y los aras blancos y empenachados como la cimera de un rey, y los papagayos abigarrados y gárrulos, y los tucanos de encorvado y formidable pico, mucho mayor que su propia cabeza, huían al sentirlos con ruidoso y pesado vuelo.

- *Aquí hay gente cristiana* – pensó más de uno, al oír metálico martilleo, seguido por áspero chirrido de lima mordiendo el metal.

Era el pájaro herrero (**Nota**). Y otras mil aves desconocidas, brillantes y ariscas, se acercaban y se alejaban, revoloteando, entre un inacabable rumor de cantos, aletazos, rozamientos del follaje, al que servía de acordado acompañamiento el zurrido incesante de millares de insectos. La selva entera vivía y palpitaba.

- *¡ Mira, mira el pajaruco !* – exclamó de pronto el grumete muy admirado.
- *¡ Bueno estás tú con tus pajarucos ! Es un abejorro y nada más* – replicó Fuentes, que

andaba con Paquillo.



- *¡ Pues qué ! ¿ No le ves tú las plumillas ? ¿ Dónde tienes los ojos ? Deja que se pose en esa flor que parece asustarle, y ya, verás ... ¡ Tiene más colores que una girándula de vidrios !*
- *Vaya, que no se posa y se está en el aire, igual que un moscardón, y más que pájaro u otra cosa se diría una nubecilla o una pelusa.*
- *Pero ¿ y sus colores ? ¿ Estás ciego ? ... Yo nunca habla visto nada igual.*

Envolviéronlos también bandadas de mariposas de todos los tamaños y todos los matices, pero la admiración de Paquillo rayó en pasmo cuando, al caer la noche, mientras oía el interminable concierto de los grillos y las ranas

musicales, comenzó a ver, trazando en el aire curvas caprichosas o cruzándolo como una saeta, enjambres de chispas, de brasas, de llamas verdes, ojos de luz de seres fantásticos que volaban mirándolo, quizá amistosos, quizá amenazadores ...

- *En la mar, fuego que arde y no quema ; aquí, fuegos que vuelan por los aires ... ! Dios nos tenga de su mano !* – se dijo Paquillo, persignándose.

Solís no había desembarcado. Marquina y Alarcón, que respiraban por primera vez desde la salida de Canarias, Francisco de Torres, los demás pilotos, el maestro Diego García y fray Buenaventura, que solía asistir a los consejos, hallábanse con el capitán general, reunidos en el castillo de popa, bajo la toldilla, gozando del descanso, el fresco relativo y la agradable plática.

- *No debemos quejarnos, antes bien dar gracias a Dios* – decía Solís – *pues nos ha deparado una travesía a pedir de boca y tan rápida y tal como yo no me atrevía a soñarlo.*
- *¡ Y el tiempo sigue para bueno !* – exclamó el maestro.
- *Tan para bueno que deberíamos aprovecharlo e ir adelante* – observó Torres –. *Con tiempos así se llega al cabo del mundo.*
- *No nos dormiremos, hermano* – replicó Solís – *En cuanto se llenen los aljibes y se coja algún bastimento, hemos de ponernos en franquía.*

El agua de las vasijas comienza a tomar mal sabor y por la salud de la tripulación se necesita ya algo más fresco que la cecina y la mojama, el queso y el bizcocho, las habas y los garbanzos secos.

- *Era un decir – aclaró Torres.*
- *Gracias a la merced divina, nuestra salud no puede ser mejor, aun para vuestras mercedes, salvo el mareo, que pronto pasa – dijo fray Buenaventura con aire que no parecía de broma, inclinando hacia Alarcón y Marquina la cabeza cubierta ya de cabello espeso, rudo y entrecano –. Pero, dígame el señor capitán general, si no soy indiscreto : ¿ por qué no nos hemos apresurado a desembarcar, como nuestra gente ? ¿ No se interesa vuestra merced por estos parajes ? ...*
- *Bien podría responder a Su Paternidad que los conozco ... – dijo Solís –. Pero sólo diré que mi propósito único es hacer aguaje, como ya he dicho ... Tierras son éstas que no puedo tocar (**Nota** : Tratado de Tordesillas), y aquí están para defenderlo el factor Marquina y el contador Alarcón. Tampoco somos los primeros que surgimos aquí, porque hace cerca de dieciséis años (**Nota** : 1499), Juan de la Cosa (**N.d.T.** : TORIBIO MEDINA, pp. LII + LVIII + LXVI + LXXVI + LXXXIII- LXXXV + XCVIII + CIX + CXI + CXIII + CXCIX + CCXVI + 213) y Alonso de Ojeda (**Nota**)*

navegaron desde este punto hasta otro que llaman Bahía, reconociendo en el camino un gran río, que dicen el dulce, y subiendo luego a lo largo de la costa hasta el golfo de Paría (Nota : entre Trinidad y Venezuela). También Diego de Lepe (Nota : TORIBIO MEDINA, pp. LXXIV-LXXV + LXXXIX + CCIX-CCXIII + 100) tocó, por el mismo tiempo, en el cabo de San Agustín (Nota) y lo llamó de Rostro Hermoso, sin que nadie alzara el gallo todavía. Pero luego, el año de 500, las cosas hubieron de enredarse muy bravamente con los portugueses, y desde entonces se anda con que si tú y que si yo ...

- *Bueno sería acabar de una vez con tales historias y fácil nos sería, vive Cristo, a no ser por esa maldecida parentela – dijo Torres.*
- *No lo piensas mal – continuó Solís – porque ya Vicente Yáñez Pinzón, en la desembocadura del Amazonas, tomó posesión de estas tierras en nombre de los Reyes Católicos ... (Nota : TORIBIO MEDINA, pp. XLIV + LXXIII + XCI)*
- *Y ¿ cómo no se mantienen, voto al chápiro ? – exclamó Diego García.*
- *Ahí veréis ... Razones de Estado, de familia ... Pues por ese mismo tiempo, Pedro Alvarez Cabral (Nota : TORIBIO MEDINA, pp. XC-XCIII), mandado con instrucciones secretas por el rey don Manuel, abordó en Puerto*

Seguro (Nota : Porto Seguro). Después ha dicho y repetido que no lo hizo por su voluntad, sino que los vientos y las corrientes lo habían empujado adonde él no quería.



- *¡ Voto a Diego con el embaidor, embustero !*
- *Así es. Lo de la recalada forzosa fué notoria falsedad, como no ha tardado en descubrirse, y Cabral no hizo sino obedecer puntualmente sus instrucciones. El hecho es que tomó posesión en nombre de Portugal de ese Puerto Seguro, que, según dijo, había creído isla, y al que llamó de Vera Cruz.*
- *¡ Y ese Cabral es de los que toman su derrota por estrulugía ! – exclamó el maestro, repitiendo su estribillo con no disimulado*

desdén, sin reparar en que Solís y Torres, por lo menos, eran pilotos de altura.



Solís se echó a reír no tomando en cuenta la pulla, porque estimaba en García al mareante nato, en quien el instinto suplía a la ciencia aun en pañales.

- *El rey don Manuel y el mismo Cabral – prosiguió – fingieron atribuir muy poco importancia al descubrimiento y a la toma de posesión, pero es el caso que al año siguiente – y esto acaba de demostrar la falsedad – Juan Coelho (Nota : Gonzalo ; junio de 1503 ; TORIBIO MEDINA, p. XCVI) y Diego Ribeiro (Nota : TORIBIO MEDINA, pp. CXXXIX + CLIX + CCLXV) volvieron por el de Portugal, a reconocer más despacio estas costas, corriéndolas desde el cabo de*

San Roque hasta el Marañón. Por nuestro lado no abandonamos tampoco la partida, y aquí hemos venido, uno tras otro, Vicente Yáñez y yo, Rodrigo de Bastidas (Nota : TORIBIO MEDINA, pp. LII + LXXVII + XC + CXV + CXLVIII + 101 + 103), Antonio de Ojeda ...

- *¿ Y Américo Vespuche ? – dijo fray Buenaventura – Me parece haber leído...*



- *Sí, en los papeles anda ... pero ... – contestó con reticencia Solís – Quizá viniera cuando*

estaba al servicio de Portugal, con la armada de Andrés Gonçalves, que corrió del cabo de San Roque a la Cananea y luego siguió, mar adentro, su vía al Sur ... Tan en secreto se han hecho y se siguen haciendo estos reconocimientos, por una y otra parte, que muchas veces no se sabe a quién ni qué creer ... Pudo también haber venido con aquel Gonzalo Coelho, quien, por estos alrededores, construyó un fuerte que, según se dice, abandonó luego y los naturales arrasaron. Cosa es que no tardaremos en averiguar, aunque importe bien poco.

- *Ese Vespuche, que Dios haya perdonado ... – dijo García – (no le quiero mal porque, muerto el perro se acabó la rabia), ese Vespuche, digo, era, otro que tal, y, o mucho me equivoco o embaucó a más de uno del extranjero con sus cuentos de grandezas, emporcando manos de papel de marca ... Ponen a los andaluces de fanfarrones que no hay por dónde cogerles, pero vive Diego que si se ha de juzgar por ese Américo que Dios haya, a los de Florencia les sobra con qué dar y prestar a los de Andalucía ... Vivía de viento, y yo se lo perdono, porque a mí nada me quitó, que de eso no vivo ; pero lo que no puede perdonársele es que con astucias y triquiñuelas acabase por dar su nombre a lo*

que era del viejo Almirante. (Nota : TORIBIO MEDINA, pp. 101-106)

Y el indignado maestro hubiera seguido por este camino, a no desviar fray Buenaventura la conversación preguntando a Solís :

- *¿ Por qué, decid, ha de importarnos tan poco lo de estas tierras ?*
- *Pues porque, repito, no debemos tocarlas, sino ir más lejos, do yo me sé y Su Paternidad no tardará en ver con maravilla ...*
- *Si es a Malaca, como se nos ha dicho ...*
- *Tiempo al tiempo, que no será menester mucha paciencia ... Pues, como iba diciendo, poco antes había andado también por estas aguas y estas tierras un mareante francés ... (Paulmier de Gonneville) y puede que, secretamente, algunos otros de Portugal ...*
- *Y vos mismo el año 12 ...*
- *¡ Tata, tate, padrecico ! mejor es que no se toque ese punto ...*
- *Cuando lleguemos ya se verá do llegamos ...* – concluyó el de Moguer guiñando el ojo.

Todo el mundo había vuelto a bordo al caer la noche. El alférez Ramírez, gran cazador, regresó con dos venados, y algunos otros llevaron a las naos varias piezas menores, que reforzaron muy agradablemente la cena de aquel día. Habían visto, también, pero no cobrado, unos a modo de enormes cerdos o de elefantes enanos, y una suerte de liebres, bestias que luego conocieron,

respectivamente, con los nombres de tapires y agutís.

Los marineros habían comenzado a vaciar los aljibes para hacer aguada a la mañana siguiente, y en la tranquilidad de la bahía, todos cuantos no estaban de guardia, sin exceptuar a Marquina y Alarcón, durmieron aquella noche a pierna suelta. Pero, en el cuarto de la modorra, antes del relevo, los que estaban de vela observaron que a la costa parecía haber acudido gente. Y con las primeras



luces del día vióse que, en efecto, algunos hombres, indios sin duda, hacían señales desde la playa más próxima. Apenas amaneció pudo verse que eran, efectivamente, naturales que les tendían los brazos como ofreciéndoles lo que en las manos llevaban, en prenda de amistad y bienvenida. Avisado Solís saltó del lecho y salió de su cámara. Observó el pequeño grupo de indios y llamando al contador y al factor, les invitó a ir a rescatar con los naturales lo que para las naos era

preciso, o sea carne, grano, fruta y cuanto pudieran proveer. Desembarcaron confiadamente, porque Solís no solía tomar en tierra las debidas precauciones, falta que en su **Historia** hizo constar su grande amigo Fernández de Oviedo y Valdés (**Nota**) llamándole « *notable marino pero mal capitán* », y que bien poco después había de costarle tan caro. Acompañábalos Enrique Montes, que iba a hacer sus primeras armas como lengua, y llevaban, para dar a los indios a cambio de sus vituallas, bonetes colorados, contezuelas de vidrio de colores, sonajas de latón, cascabeles y otras fruslerías. Paquillo había encontrado manera de agregarse a la comitiva y decía al gaviero-lengua :

- *Me mostrarás cómo les hablas, que yo también quiero deprenderlo.*
- *Si no te enseñas tú mismo ... – pensó Montes.*
– *En cuanto a mí ; quiera Dios sacarme con bien !*

Desde que desembarcaron, Montes trató de comunicarse con los indios, valiéndose de ademanes y gestos imitados de los que ellos hacían, y mostrándoles parte de los abalorios y chucherías que llevaban ; Solís y los otros hacían poco más o menos lo mismo y, sin ser especialistas, entendieron tanto como el ladino Montes. Las baratijas fueron más elocuentes y eficaces. Aquellos hombres y aquellas mujeres, color de cobre, de mediana estatura, movedizos y ágiles, iban casi enteramente desnudos, con sólo

una pampanilla, más bien adorno que vestimenta. Algunos principales ostentaban en la cintura, como traje de gran gala, un corto taparrabo a modo de falda esponjada, tejido con plumas de brillantísimos colores. Disimulaban, además, la desnudez de su cuerpo limpio de vello, extrañas pinturas y tatuajes. Llevaban casi al rape el lanudo pelo y desfigurábanse el rostro – que si no hubiera podido pasar por agradable – con cilindros de piedra, de hueso o de madera que embutían en sus labios perforados. Según se vió después – cuando se buscaba en vano lo que podía quedar del fuerte de Gonzalo Coelho – vivían no lejos de allí, en vastas cabañas de palos y hojas, y dormían en redes de algodón colgadas a su abrigo. Algunos llegaron por agua, en grandes canoas hechas ahuecando con fuego un tronco de árbol, e impulsadas por remos a modo de palas de hornear. Como señal de alegre y amistoso agasajo danzaban y perneaban lanzando extraños gritos, y se mezclaban a los españoles, sin temor alguno pero con tanta curiosidad que resultaban enfadosos y era difícil contenerlos sin violencia, obedeciendo a las severas órdenes del general de que no se les hiciera el menor daño, sino en caso extremo y a más no poder.

El grupo salvaje iba engrosando poco a poco, pues los menos atrevidos, ocultos entre los árboles, perdían paulatinamente el miedo y acababan por acercarse también. Algunas mujeres

acudían con sus pequeñuelos a la espalda y aquello no tardó en convertirse en una especie de feria, estruendosa algarabía mezclada con saltos y zapatetas, simulacros de combate y de amor, danzas locas que inundaban de transpiración los pintarrajeados rostros y los bronceados bustos ...



Algunos indios, comprendiendo lo que los españoles querían, comenzaban a llevarles cosas de comer, y les hacían señas, sin duda significativas de que más tarde u otra día habían de darles mejor satisfacción.

Entretanto, contra sus deseos y por orden del capitán general, que sólo para con él tomaba precauciones, fray Buenaventura no había desembarcado ; pero Solís, convencido ya de la mansedumbre de los naturales, hizole señas de que bajase a tierra.

- *¿ Qué teme por mí vuestra merced ? – había dicho el fraile – Si es el martirio, al martirio he venido, cuando le mande el Señor, y no a hartar la botarga, pues para seguridad me hubiera quedado tan ricamente en mi convento.*

- *Una cosa es resignarse al martirio y otra buscarlo inútilmente* – replicó Solís.

Cuando le vieron desembarcar del batel, con el hábito hasta los tobillos, los salvajes abandonaron o poco menos a los otros, y lo rodearon, examinándolo por delante, por detrás y desde la corona, semicubierta ya, como una castaña, de cabellos como púas, hasta la sandalia. Los más osados le tocaban y palmeaban para saber si era de carne maciza o si bajo el sayal se disimulaba un cuerpo como el del resto de los hombres.

- *Aquí estoy peor que mona de titiritero* – pensaba el buen fraile, mientras distribuía bendiciones, a diestra y siniestra, sonreía, rezaba, dejando hacer su gusto a aquellos niños grandes.
- *Se os agasaja, padre* – le gritó con afectuosa burla Juan de Solís.
- *Más de lo que yo quisiera ... Pero bien va, y mejor iría si supiese dos palabras de su maldita ... de su bendita lengua ... ¡ Qué ocasión para doctrinarlos !*

A falta de saberlas les habló en castellano, y los indios le escuchaban boquiabiertos y parecían comprenderle, tal era su embelesamiento, del que sólo salían para hacerse gestos y retorcerse como unos condenados.

O las señas de Montes, o la perspicacia de los indios, o su deseo de mostrarse amigos, o todo

esto junto, hicieron, pues, que ese día y los siguientes los naturales fueran llegando a la playa con cestillas de maíz, cazabe, patatas, cocos, bananas, abundante y sabrosísima fruta silvestre, en gran parte sino toda ella desconocida para los españoles, y algo que debía agradarles más y parecerles de mayor substancia: muchas aves como gallinas, otras como faisanes y patos, algunas semejantes a la perdiz de Europa, venados, antas y otros cuadrúpedos, porque aquella selva debía ser una inmensa granja natural con graneros y trojes desmesurados y toda el arca de Noé brindándose al hambre humana.

Fray Buenaventura, entretanto, había satisfecho su gran deseo de decir misa, y durante la permanencia en la bahía la dijo todas las mañanas, escuchándola Solís, los pilotos, los oficiales y la tripulación que no estaba de cuarto en los navíos. Al fervor religioso agregábase en ellos la emoción del recuerdo de España, de sus familias, de los amigos, evocados por la ceremonia en aquellas tierras salvajes. Los cuarenta o cincuenta hombres que, con Solís y los oficiales, se arrodillaban sobre la hierba, bajo enormes y frondosos árboles, eran un puñado casi imperceptible, pero, para ellos mismos, en su imaginación exaltada, todo un pueblo, todo un país ... Fray Buenaventura, que había improvisado un altar con cuatro tablas ensambladas por el carpintero de a bordo, la cubrió con blanco mantel

de encajes y la adornó con los vasos y ornamentos sagrados que llevaba por encargo del general. Y esa primera misa de campaña fué solemne, conmovedora para todos. Ayudó el gran Alarcón, que cuando niño había aprendido esos latines, y era de verlo llevar orgullosa, majestuosamente, el misal del uno al otro lado, tañer la campanilla, decir las respuestas litúrgicas con voz sonora, tomar con unción el extremo de la casulla cuando el celebrante se prosternaba, verter en el cáliz el contenido de las vinajeras para la consagración, y sobre los dedos del padre el chorrito de agua de la ablución ... Pero los mareantes no podían oír misa con todo el recogimiento deseable, a causa de sus espectadores. Los indios, curiosos y admirados, iban estrechando poco a poco el cerco que formaban a su alrededor, y aunque algo medrosos, acercábanse cuanto podían, y era preciso ahuyentarlos para que no se mezclaran profanamente con los fieles y turbaran su atención. Espectáculo prodigioso para ellos era el de aquel hombre maravillosamente vestido de blanco, rojo y oro, que musitaba palabras como conjuros y hacía amplios y misteriosos ademanes. No reconocieron por cierto en él al pardo personaje que la víspera habían palmeado y manoseado. Debía de ser un mago de orden muy superior, más rico y más poderoso que los de aquellas tierras, y lo que ejecutaba era, sin duda, una danza, muy extraña,

pero harto pausada y silenciosa para su gusto. Con todo, no turbaron mayormente la solemnidad, ni menos llegaron a interrumpirla, porque en la ignorancia y la candidez de sus espíritus la curiosidad y el recelo suplían al respeto que aun no podían sentir. Y, alucinado por las apariencias, el buen fraile pensaba :

- *¡ Cuán fácil será traerlos al rebaño de Cristo !*

Creíanse los de Solís en pleno paraíso ; fraternizaban – y aun más, si lo permitía el sexo – con los naturales, cándidos, bondadosos y encantados hasta el éxtasis por algunas cuentas de vidrio, algún birrete rojo, alguna baratija de dos maravedís, que consideraban otros tantos tesoros, y hubieran querido quedarse allí para siempre. Montes, a quien una jovencuela había tomado gustosa por discípulo, sabía ya algunas palabras de la lengua que, según se tuvo luego ocasión de observar, se hablaba hasta muy lejos de allí.

Pero, cuando ya iban acostumbrándose a las dulzuras de aquella vida, hasta el punto de no percatarse casi del calor que los achicharraba, el capitán general, sabiendo sus bodegas colmadas y sus aljibes llenos de agua fresca y cristalina, dió la orden de zarpar, y, con una día de fuego, a fines de diciembre de 1515, las tres naos salieron una tras otra de la prodigiosa bahía.

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

“Pájaro herrero”, ver CANTO DEL CAMPANERO HERRERO (Procnias averano) :

<https://www.youtube.com/watch?v=E0iETFEBNVU>

<http://www.goear.com/files/external.swf?file=dc3c909>

Al Campanero Herrero en inglés se le conoce por **Bearded Bellbird**. En portugués se le llama **Araponga-do-nordeste**.



<https://campanero1967.wordpress.com/2008/05/29/el-pajaro-campanero-de-san-esteban/>



« Procnias averano », ilustración de Nicolas Huet le Jeune y Prêtre, in ***Nouveau recueil de planches coloriées d'oiseaux*** (1838)

<http://archive.org/stream/Nouveaurecueild3Temm#page/n85/mode/2up>

Cabo de San Agustín : [Cabo de Santo Agostinho](#), cabo de Consolación, o cabo de Santa María de la Consolación

https://es.wikipedia.org/wiki/Cabo_de_Consolaci%C3%B3n

TORIBIO MEDINA, José ; **Juan Díaz de Solís. Estudio histórico** ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>

III

Breve noticia de la exploración del continente americano por los navegantes españoles, antes del viaje de Díaz de Solís en 1508.

SUMARIO: Colón aborda el continente americano en 1498.—Alegria que esta noticia produce en España.—Los Reyes autorizan las expediciones á Indias.—Viaje de Alonso de Ojeda.—Id. de Per Alonso Niño y Cristóbal Guerra.—Id. de Vicente Yañez Pinzón.—Id. de Diego de Lepe.—Id. de Vélez de Mendoza.—Id. de Rodrigo de Bastidas.—Expediciones clandestinas.—Autorizaciones concedidas para colonizar en Indias.—Cuarto viaje de Colón.—Nueva exploración de Cristóbal Guerra.—Varias expediciones.—Segundo viaje de Ojeda.—Noticias cronológicas de los viajes realizados á Indias (nota).....

LXF

Desembarco de Pedro Álvares Cabral en Porto Seguro el 22 de abril de 1500 por Oscar Pereira da Silva (1865–1939) :

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Desembarque de Pedro %C3%81lvares Cabral em Porto Seguro em 1500 by Oscar Pereira da Silva \(1865%E2%80%931939\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Desembarque_de_Pedro_%C3%81lvares_Cabral_em_Porto_Seguro_em_1500_by_Oscar_Pereira_da_Silva_(1865%E2%80%931939).jpg)

En **rojo**, camino seguido por Cabral desde Portugal hacia India en 1500, y el camino de vuelta en **azul**.

[Cabral_voyage.png](#) : [Lecen](#) (based on work created by [Castoro](#).)

https://fr.wikipedia.org/wiki/Pedro_%C3%81lvares_Cabral#/media/File:Cabral_voyage_1500.svg

Mapa incluyendo, e. o., Cabral y Vespucci : Lobato, Mirta Zaida ; Juan Suriano; **Nueva Historia Argentina. Atlas histórico** ; Buenos Aires, Sudamericana; 2010.

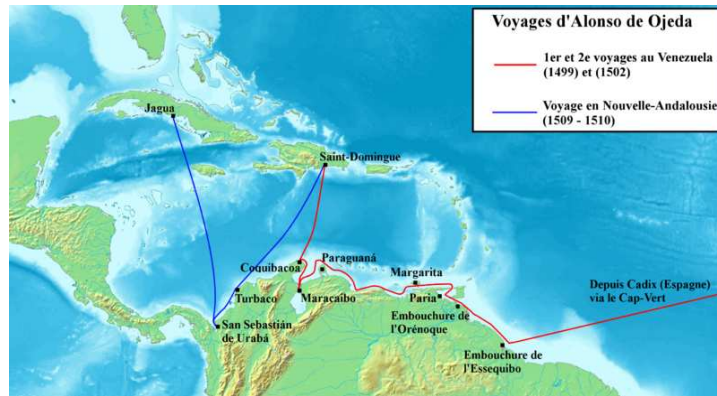
<https://historiasocialeconomicaargentina.wordpress.com/2014/03/29/america-siglo-xvi-descubrimiento-y-conquista-de-espanoles-y-portugueses/>

Mapa *golfo de Paria* : NordNordWest, Lizenz: Creative Commons by-sa-3.0 de, CC BY-SA 3.0 de, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=41101645>



Mapa de los viajes de Alonso de Ojeda :

https://commons.wikimedia.org/wiki/File%3AViajes_de_Alonso_de_Ojeda.PNG



Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478–1557), escritor de la célebre "**General y Natural Historia de las Indias**".



Vasco Nuñez de BALBOA par Fred FUNCKEN :
<http://www.idesetautres.be/upload/19580917%20BALBOA%20FUNCKEN.zip>

Christophe COLOMB par Fred FUNCKEN :
<http://www.idesetautres.be/upload/19560530%20COLOMB%20FUNCKEN.zip>

Illustration par Fred FUNCKEN in « ***L'Histoire du monde : la course aux épices*** » (in ***TINTIN*** N°29, 16071958)

<http://www.idesetautres.be/upload/HISTOIRE%20MONDE%20SCHOONJANS%20FUNCKEN%20144.zip>